

CREAR EN CRISIS

Max Hernández Calvo*

A comienzos de la ola de cuarentenas decretadas alrededor del mundo, empezaron a aparecer notas periodísticas sobre personajes históricos que fueron notablemente prolíficos durante episodios similares. En el mundo cultural, la figura clave mencionada una y otra vez era la de William Shakespeare, quien durante su encierro a causa del rebrote de la peste bubónica que asoló Europa¹ en el temprano siglo XVII, habría escrito *El Rey Lear*, *Macbeth*, *Antonio y Cleopatra*, *Coriolano* y, por si no fuera suficiente, *Timón de Atenas*.

Esta idea del encierro creativo se ampara en la imagen romántica de la soledad del acto creativo, que requeriría de condiciones próximas al auto-confinamiento, implementadas por el taller del artista como mítico espacio de reclusión. Desde dicha perspectiva, la inspiración y la introspección serían prácticamente dos caras de una misma moneda.

Otro de los ejemplos emblemáticos de “productividad de cuarentena” es el de Sir Isaac Newton. Estando recluso por la peste, el científico británico desarrolló la teoría de la gravedad, para lo cual siguió con las de investigaciones y reflexiones en las que venía trabajando desde antes de su confinamiento. Es decir, ese trabajo era una continuación de su vida “previa” y no una actividad que pudo hacer gracias a que su cotidianidad se vio súbitamente quebrada.

* Licenciado en Artes Plásticas. Magister en Estudios Curatoriales por el Center for Curatorial Studies, Bard College, NY. Magister en Estudios Teóricos en Psicoanálisis por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Docente e investigador del Departamento de Arte y profesor de la Maestría en Historia del Arte y Curaduría de la PUCP. Curador (Perú, EE.UU.; Europa), Crítico de Arte. Autor de *El mañana fue hoy. 21 años de videocreación y arte electrónico en el Perú*.

<maxhernandezcalvo@gmail.com>

1. N del E: La famosa —y criminal— peste negra que azotó Europa es la del S. XIV. Los demás fueron brotes más localizados. Al que hace mención el autor, y que experimentó W. Shakespeare, es, en realidad, uno de ellos.

Por ende, resulta indispensable tomar en cuenta qué condiciones para la reflexión y el despliegue de la creatividad ofrece esta coyuntura, más allá de la (supuesta) soledad y el encierro. Cabe recordar que incluso el consumo cultural requiere no solo de una obra (literaria, musical, cinematográfica, plástica) y del tiempo y el lugar para su consumo, sino también de la disposición para ello.

En ese sentido, hay que considerar que el hipotético espacio de retiro que brinda la actual cuarentena por el coronavirus, no necesariamente es tal (cada persona sabe con qué tiene que lidiar diariamente en casa) y, más aún, es muy diferente a otras instancias de reclusión por circunstancias parecidas. Así, por ejemplo, frente a la experiencia de aislamiento, soledad y desconcierto que podríamos imaginar se vivió en tiempos de la peste bubónica en el siglo XIV, lo que vivimos actualmente es un relativo aislamiento físico que ha disparado aún más lo que ya era un estado de hiperconectividad: hoy, más que nunca, nos encontramos *on line*, es decir, conectados. Clases remotas, teletrabajo, grupos de WhatsApp, emails, reuniones vía Zoom, redes sociales. Y ese estado de conexión digital constante va de la mano con el bombardeo incesante de información sobre un mismo tema: COVID-19.

Si nuestros modos de vida se han visto interrumpidos por la pandemia, ese “tiempo liberado” en el que pretendidamente podríamos —o de manera super-voica deberíamos— emprender diversos proyectos intelectuales y/o creativos (escribir un libro, pintar un cuadro, componer canciones, aprender un idioma, hacer una investigación, redactar una tesis, escribir un artículo, etc.), lleva la inconfundible marca del coronavirus, que hace que dichas empresas conlleven también un recordatorio del quiebre de nuestro orden vital. Entonces la pregunta también es cómo empezar a crear aquí y ahora que impera la incertidumbre y el temor a la enfermedad.

Los petitorios sobre la necesidad de reflexión, pensamiento y creación en esta cuarentena parecieran dejar de lado que las posibilidades actuales de reflexionar, pensar y crear se enfrentan a enormes dificultades. Nuestro cerebro (por lo menos diría que el mío) vive en estado de alerta, lo que hace que ciertos procesos resulten de un gasto energético que en algún nivel, acaso preconsciente, se percibe como superfluo, porque la atención está puesta al servicio de la supervivencia, que a su vez requiere de un alto grado de consumo y procesamiento de información: política, médica, económica, etc.

¿Qué significa, entonces, crear así? Es decir, ¿qué papel puede cumplir la creación, así, aquí, ahora? Formulo esta pregunta teniendo en mente las ideas de Didier Anzieu (1981), quien plantea que la creación (junto con el trabajo de duelo y del sueño) supone una fase de crisis para el aparato psíquico. Para Anzieu, dicha crisis se experimenta como un desconcierto interior, una intensificación de la patología del sujeto, un cuestionamiento de las estructuras adquiridas, internas

y externas, y una regresión a recursos no utilizados. Tales rasgos podrían extrapolarse a nuestra experiencia colectiva de la crisis por COVID-19: desconcierto generalizado, intensificación de las patologías físicas y psíquicas de la población, cuestionamiento a las estructuras sociales y estatales, regresión a recursos económicos, sociales, emocionales no utilizados. Dicho esto, ¿puede la capacidad de creación ponerse en marcha —a voluntad y casi de modo terapéutico— como un recurso para lidiar con la crisis que vivimos colectivamente hoy en día? Si ese proceso de creación supone, como el duelo, una forma de lidiar con la falta, la pérdida, el exilio y el dolor (todas experiencias relacionables a la pandemia), ¿en qué medida podría generar un nuevo equilibrio —como señala Anzieu— que sea mínimamente sostenible? En otras palabras, la pregunta gira en torno a ese relé entre el impacto colectivo de la pandemia y su vivencia individual.

Tal vez, para pensar en ello, habría que recurrir al modelo freudiano de la sublimación, que entraña la desviación de las fuerzas sexuales instintivas de sus metas sexuales orientándolas hacia otras nuevas, social y culturalmente valiosas (Freud, 1908). En síntesis, la creación artística implica transfigurar el deseo inconsciente (regido por el principio del placer) en acatamiento al pacto social (en el que se basa el principio de realidad). ¿Pero qué solución de compromiso es posible entre las demandas contradictoras del principio del placer y del principio de realidad, cuando la realidad misma deja de ser legible de cara a su alteración violenta? Ciertamente, la crisis global que vivimos puede tener resonancias inconscientes en nuestra biografía; sin embargo, más que el deseo inconsciente, lo que se requiere procesar (¿sublimar?) con urgencia es la ferocidad y tristeza de estos tiempos. Si aferrarnos a la posibilidad de crear es importante, es porque necesitamos lograr algún tipo de “superación creadora” a una experiencia de corte traumático que aún no tiene superación en la realidad, porque seguimos inmersos en ella.

Si se aborda la pregunta por la creación desde las coordenadas del campo artístico profesional —mi campo de especialización—, ésta no puede ser pensada en términos de los procesos psicológicos de los y las artistas. Asuntos como la inspiración o las preocupaciones temáticas de los y las artistas pueden influir en la dirección de la producción artística, pero no la impulsan en tanto actividad fundamental del mundo del arte. Una parte importante de las obras de arte que se crean y que circulan en el campo artístico (galerías, museos, ferias, etc.), surgen porque tales canales de distribución y/o comercialización fomentan su producción. Así, por ejemplo, un conjunto de obras es hecho porque un/a artista está preparando una exposición, o porque una galería solicita obras para algún evento, o porque un/a curador/a ha comisionado una obra, por mencionar algunos casos típicos. Pero, realmente, no hay exposiciones ahora, y eso sin mencionar que tampoco venta de materiales, ni tampoco fácil acceso al taller, por lo que no hay las condiciones usuales para la producción.

Y, sin embargo, actualmente el campo artístico está en *overdrive* en modalidad *on line* y produce muchísimo contenido (que no es lo mismo que obras de arte), casi como si estuviese en negación maniaca. Algo así parece estar en juego en la desesperada entrega a lo digital de un campo que hasta hace unos pocos meses giraba fundamentalmente en torno a los encuentros cara a cara y la experiencia física de las obras de arte, como lo sugiere la reciente y abrumadora oferta de visitas virtuales a museos, conversatorios sobre arte vía Zoom, salas de exposición virtuales, ferias de arte *on line*, charlas por Instagram live, subastas *on line*, entre otros. Obviamente, hay en ello un claro intento por continuar con la actividad cultural, de mantener su relevancia y, por supuesto, de sobrevivir. Pero, ello no excluye la negación que simultáneamente es implementada de esa forma, usando las vías informáticas para sortear la actual suspensión del espacio público, físico y social, como si el problema fuese básicamente ese. Sí, claro que el problema es el contagio, que se produce en el espacio público, físico y social, pero también es la muerte, tantísima muerte a nuestro alrededor, muerte que no vemos porque estamos en nuestras casas y que requeriría un proceso de duelo que justamente no puede hacerse.

Asimismo, hay un trauma a la espera de poder ser registrado, ligado al desastre económico que sabemos nos acecha pero que aún no percibimos como colectividad, porque estamos aún capturados por el imaginario médico de la pandemia. Por supuesto que ya hay gente que la está pasando muy mal, personas que han perdido el empleo (en abril un 42% de peruanos había perdido el empleo a causa de la pandemia²) y saben en carne propia de ese drama, pero todavía falta que lo asimilemos como colectividad.

Es difícil saber si crear en la crisis es una necesidad (de cara a un desborde de necesidad expresiva) o un privilegio (poder, pese a todo, encontrar las condiciones para crear), o tal vez un poco de ambos, entendiendo, también, que ese "privilegio" puede ser el de tener recursos psíquicos para canalizar las energías de forma creativa. Ciertamente se está produciendo mucho arte ahora, pero sus motores son diversos, a veces más sociales, otras más políticos, otras más emocionales.

Se produce en respuesta a iniciativas de apoyo (como las ventas *on line* para recaudar fondos para donar), con el objetivo de dar testimonio de estos tiempos (recientemente el novelista Teju Cole publicó una suerte de diario de reflexiones en torno a la pandemia), como una manera de seguir como si todo fuese a volver

2. Guerra Vásquez, Ricardo señaló que "El 42% de peruanos están sin trabajo o ya no perciben ingresos a causa de la cuarentena por el coronavirus" *El Comercio*, 21/04/2020. <https://elcomercio.pe/economia/peru/covid-19-el-42-de-peruanos-estan-sin-trabajo-o-ya-no-perciben-ingresos-a-causa-de-la-cuarentena-por-el-coronavirus-desempleo-informales-trabajo-noticia/>

eventualmente a eso que llamamos “normalidad”, es decir, como una manera de encaminar las esperanzas. Y, acaso, en la producción artística de tiempo de pandemia esté en juego una suerte de identificación con el “objeto” perdido —que puede ser un modo de vida o un mundo en un proceso de cambio radical—, que es implícitamente convocado por la misma obra de arte que inherentemente anticipa su circulación —el espacio de exhibición, la inauguración, el encuentro con el público— y cuyos nuevos modos de distribución y consumo, propios de esa “nueva normalidad” que se viene, aún no trazan un bosquejo de sus rasgos en el imaginario del mundo del arte.

Referencias bibliográficas

- Anzieu, D. (1981). *Le corps de l'œuvre*. Paris: Éditions Gallimard.
- Freud, S. (1908). “La moral sexual «cultural» y la nerviosidad moderna”. En *Obras completas*, trad. José L. Etcheverry, Volumen 9 (1906-08). Buenos Aires: Amorrortu editores, 1992.

Resumen

En medio de la pandemia y la ola de cuarentenas alrededor del mundo, se ha impulsado la idea de hacer productivo el confinamiento. Pero queda por examinar qué posibilidades para crear existen en medio de esta crisis sanitaria global que nos somete a tremendas presiones emocionales. La implícita relación entre crisis y creación que emplaza este contexto obliga a considerar aquello que entendemos por el acto creativo y por creación artística en particular, para lo cual se toman en cuenta, por un lado, el concepto de creación de Didier Anzieu, y, por otro, la noción de sublimación en Sigmund Freud, pero también es pertinente pensar en las condiciones específicas que supone la creación artística, tal como se da en el campo profesional del arte.

Palabras clave: creación, crisis, pandemia, COVID-19, arte, sublimación, duelo

Abstract

In the midst of the pandemic and the wave of quarantines around the world, the idea of making containment productive has been promoted. But it remains to be seen what possibilities for creating exist amid this global health crisis that puts us under tremendous emotional pressure. The implicit relationship between crisis and creation that this context places forces us to consider what we understand by the creative act and by artistic creation in particular, for which we take into account, on the one hand, Didier Anzieu's concept of creation, and, on the other, Sigmund Freud's notion of sublimation, but it is also pertinent to think about the specific conditions that artistic creation entails, as it occurs in the professional field of art.

Key words: creation, crisis, pandemic, COVID-19, art, sublimation, mourning